DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(adaptación)

Tomamos la obra "Don Quijote de la mancha" del autor español Miguel de Cervantes (1616) y la adaptamos con la realidad colombiana en la segunda década del Siglo XIX. Un relato con un Don Quijote totalmente loco, cuya mente le hará repasar en su memoria cuando prestaba servicio a las fuerzas armadas insurgentes en Colombia, acompañado de Dulcinea Del Toboso como su conciencia que refleja sus deseos más profundos y por supuesto, a su fiel compañero Sancho Panza, quien más de una vez lo ayudo a salirse de los problemas en los que se metía.

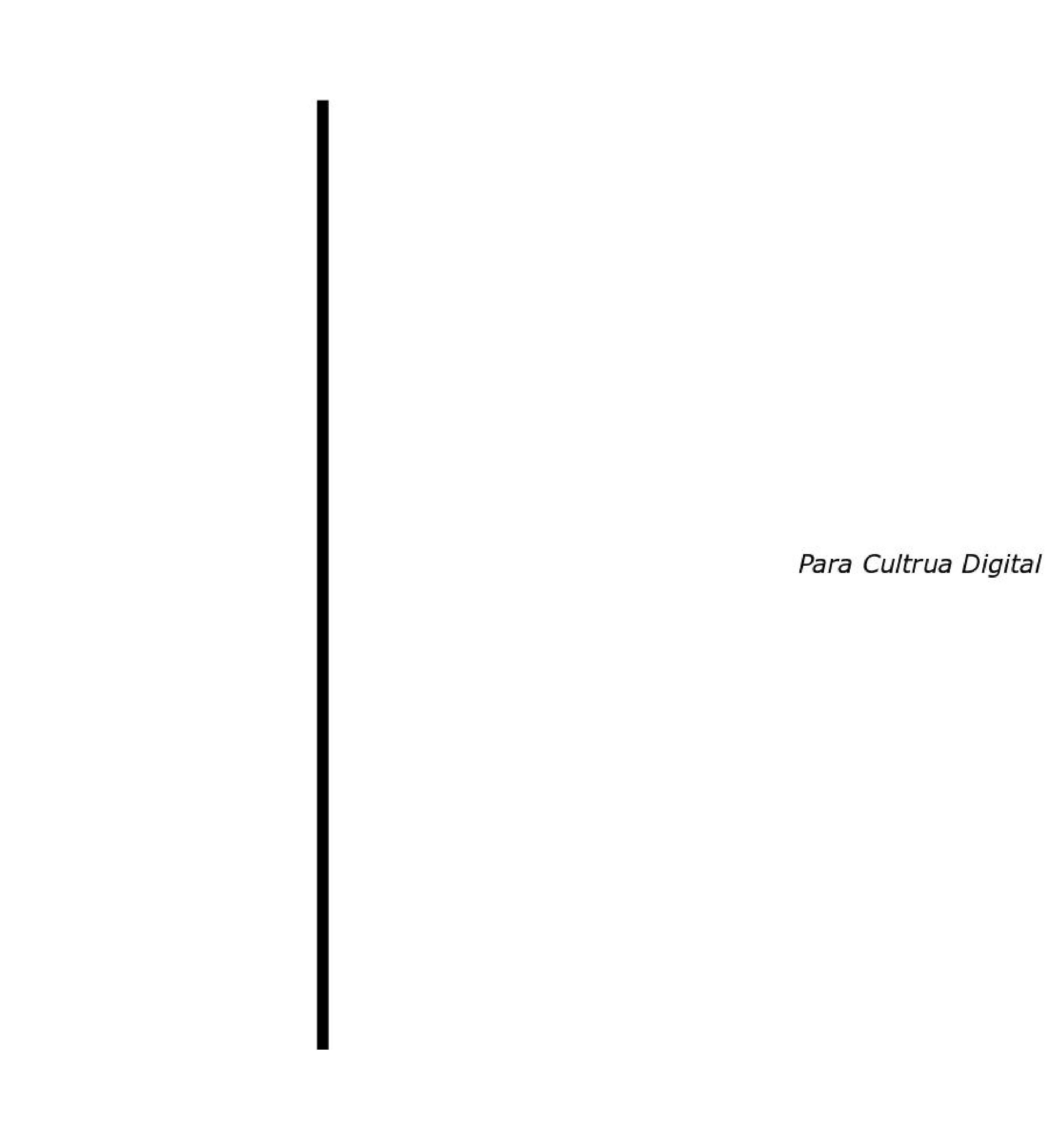
1 38055 65154 7

CULTRUA
DIGITAL

Este ejemplar es gratis

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
(adaptación)

DON QUIJOTE
DE LA MANCHA
(adaptación)



Para Cultrua Digital



Esta adaptación de "Don Quijote de la Mancha" utiliza elementos literarios propios del siglo XVII y los situa en el contexto actual colombiano, cuatro siglos después de la primera publicación de esta obra. Editorial Cultura Digital se encarga de recopilar los hechos más importantes de dicha obra con el fin de transladar a sus personajes a una realidad colombiana llena de violencia, locura, corrupción e injusticias, con la gracia y elocuencia con la que el propio Miguel de Cervantes desarrollo sus personajes tiempo atrás.

Cabe aclararle al lector que este libro no respalda o apoya la creación y ploriferación del conflicto armado, es simplemente una narración ficticia en base a una realidad colombiana que debe visualizarse con el fin de em,pezar a generar cambios.

Los editores.

1

Una mujer vestida de blanco revisaba una lista de hojas, pasando de habitación en habitación revisando cada uno de los pacientes. Se acercó a la puerta 104, allí estaba el paciente más problemático de todo el hospital. Abrió la puerta con cuidado asomando su cabeza primero: en la mitad de la habitación estaba parado Don Quijote de la Mancha mirando la ventana, mientras murmuraba cosas incomprensibles.—¿Tomaste tu medicina?— preguntó la mujer, mientras el hombre larguirucho la miraba con sorpresa.— Dulcinea, mi bella, Dulcinea del Toboso.. ella dice que las medicinas son malas para mí— dijo moviendo sus manos exageradamente.— ¿Eso dice Dulcinea? pues yo creo que deberías tomarlas, si no las tomas tendrás pesadillas— afirmó la mujer, mientras alistaba un vaso de agua una serie de pastillas, para darle al hombre.

Don Quijote la miraba como si estuviera loca, Dulcinea le decía que era culpa de la medicina que él tuviera pesadillas cada noche, pesadillas que eran recuerdos de su vida pasada, las cuales lo atormentaban; no sabía qué hacer. La enfermera puso las pastillas en sus manos, dudoso se metió las pastillas en la boca cerró su boca y tragó con fuerza sin masticar, agarró el vaso de agua y bebió rápido el vaso, se lo tendió de nuevo mientras ella lo guiaba a la cama, lo acomodó mientras el hombre empezó a murmurar que no quería dormirse. Don Quijote odiaba estar dormido, para él dormir era recordar, volver a traer la imagen de un pasado que quería olvidar.

Era Agosto, el verde acompañaba cada paso que daban, los animales se escuchaban a lo lejos. Allí estaba parado en la mitad de un potrero vacío, no había personas cerca, estaba solo él con un rifle y su uniforme; escucho pasos detrás y al girar todo se volvió caótico, las personas llegaron corriendo, más uniformados con rifles.

- De la mancha - gritó uno de los soldados - muévase, acaban de dar órdenes, pasamos a Plan Colombia, la guerrilla ha fallado - gritó mientras corría.

Don Quijote empezó a correr, los soldados debían organizarse para la guerra, el proceso de paz había fallado, el presidente Pastrana acababa de dar un discurso, un discurso que quedó en el recuerdo de todos los colombianos. Corrñia sin parar, escuchaba los gritos y las órdenes. El caos comenzó: las balas pasaban cerca a su cabeza, personas gritando aterradas, todo era aturdidor, sus oídos pitaban por el ruido, su vista se nublaba por las lágrimas. tenía miedo y ya no quería ser un soldado, ya no quería ser un caballero, quería estar lejos de todo, entonces vio una mujer hermosa, su cabello negro se movía con el viento.

-No te escondas, sal de ahí Don Quijote - murmuró con voz suave.

-¿Quién eres?

-Soy Dulcinea del Toboso, soy tu amiga.

Don Quijote no recordaba el nombre, no recordaba a una mujer tan hermosa en su vida, pero confió en ella, era como si la conociera de toda la vida. Caminó fuera de su escondite siguiendo a la mujer, sin embargo alguien lo derribó y lo sostuvo contra el piso.

- ¿Quieres morir? - preguntó el soldado sobre él.

Las balas le pasaron rozando su espalda, iDEmoniosestaba asustado y Dulcinea ya no estaba, su mente no podía pensar sino en ella, solo esperaba que nada grave le hubiera pasado...



Don Quijote despertó agitado, tenía su piel aperlada por el sudor, el poco cabellos que tenía se le pegaba a la frente, sus piernas estaban enredadas en las sábanas blancas; miró al frente viendo a Dulcinea mirarle con una sonrisa en su cara.
- Soñé contigo, el día que nos conocimos - aclaró mirándola, ella solo la miró con una sonrisa, abrió la puerta, le hizo señas para que lo siguiera y salió de la habitación. Él dudó un poco, pero salió por el pasillo persiguiendo a la hermosa mujer que soltaba risitas mientras corría, él la perseguía con pasos torpes, moviéndose bruscamente, temiendo ser descubierto pues no debía salir sin compañía.
- Pero no estás solo, estás conmigo - dijo Dulcinea adivinando sus pensamientos. - Salgamos de aquí, este lugar es aburrido.
El pasillo se encontraba inhóspito y vacío, salvo por las hermanas Omi y Dób que se encontraban cogidas de gancho caminando a su habitación. Don Quijote no hubiera reparado en la presencia de estas dos lánguidas figuras de no ser porque una de ellas le gritó:
— ¡Ey! ¿A dónde vas con tanta prisa? Muy bien sabes que la enfermera no te deja salir sin un acompañante — espetó Dób, mientras que su hermana le tendía el otro brazo para ser cogida de gancho por Don Quijote y recorrer juntos todo el pasillo.
Sin embargo, Don Quijote las miró a ambas, repasando su desastrosa y maltratada figura para luego fijar su mirada en el brazo que le había extendido. Ahí estaba, esperando a ser cogido por las temblorosas y húmedas manos del Quijote. Él muy bien sabía que aceptar el ofrecimiento de este par de locas significaría su perdición y el no poder escapar con Dulcinea, así que, aferrado a su ilusión, a esa locura incesante de sus pensamientos, arrancó a correr por el pasillo como si su amor dependiera de ello. Convivir con Omi y Dób sería casi igual, o peor, que vivir en Colombia después de los acuerdos de paz, pues una vez firmados, ¿Qué queda? Nada, sálvese quién pueda.
Las hermanas tienden su compañía a modo de salvación, pero una vez la aceptes, lo que sigue será tan inesperado, como ver a las guerrilla rearmandose en el posconflicto.
Una hilera de puertas pasaba al lado suyo, y en su rostro se posaban varías sombras a medida que avanzaba hacia el final del pasillo. No veía a Dulcinea, pero podía escuchar su risa, una suave alegría que le llenaba la vida de esperanza y felicidad, sentimientos que ninguna pastilla le hubiera podido dar. Su visión empezaba a difuminar el corredor, sentía como disminuían sus latidos al mismo tiempo que su respiración se aceleraba. Su mente se había blanqueado, ya no pensaba ni en Dulcinea, ni en las medicinas que no se tomó esta mañana; su mente confundida, tratando

de responderle a su cuerpo sin perder de vista sus emociones. Todo se había tornado negro y el Quijote tendido en el suelo.
Hay diez Molinos y Don Quijote está con el rifle en mano, temeroso decide sin embargo acabar con cada uno de ellos. ¿Los Molinos? Pueden ser muchas cosas: la oligarquía colombiana irrumpiendo en nuestro horizonte con sus diferentes formas y colores sin dejar de lado su mismo corrupto contenido; unas cuantas regiones unidas frente al conflicto armado, dispuestas a marcar una barrera entre Don Quijote y el resto del Estado; los ministerios de Colombia creados para desarrollar una labor en específico y cobrar sus sueldos a razón de trabajar "por el bien" de la nación, o simplemente unos molinos producto de la imaginación del Quijote. Los molinos eran vistos por Don Quijote y su compañero de guerra, Ancho Panza, un hombre de corta estatura y poco agraciado, pero con un sentido del humor elocuente y refinado.
—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Ancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, expropiarlos de sus tierras y obligarlos a buscar una nueva vida en la capital, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.
—¿Qué gigantes? —dijo Ancho Panza.
—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.
—Mire sumercé —respondió Ancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.
—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.



—Esto no puede volver a pasar enfermera
—Sí señor, disculpe usted. Fue un…
—¡Basta de disculpas! Solo cumpla con su trabajo
—Eso haré señ…
Don Quijote ha despertado amarrado a su cama por los brazos y las piernas. No se puede concentrar, su visión no es del todo clara y su mente aún no se adecúa al entorno. Las medicinas lo mantienen lúcido, pero para él su locura es la salvación frente a esta soledad que le produce su habitación y sus recuerdos. Volvió a donde empezó todo.
Se encuentra en el cuarto, con ansias de soñar más, de recordar lo vivido y lo posible por vivir. No hay indicios de Dulcinea pero el batallar junto a su fiel amigo Ancho le ha subido el ánimo. Ancho, ¿Dónde está Ancho?
En el ala 4B del hospital, el ala Barataria, se encontraba otro paciente muy particular, un hombre de corta estatura y poco agraciado pero con un sentido del humor elocuente y refinado (O al menos eso creía él mismo).

2

Su nombre era Ancho, y como su nombre así era él, ancho, pues pese a que se le catalogaba junto al caballero Quijote como uno de los pacientes sin cura, se las arreglaba para quitarle la comida a sus compañeros. El buen Ancho además de comer, soñaba, algo que amaba tanto como aborrecía, pues era una cruel nostalgia y al mismo tiempo su único escape. Por su tamaño, los doctores tenían un difícil trabajo al contenerlo cuando entraba en un ataque de pánico o se ponía agresivo; se requerían más de 6 doctores para la ardua tarea.

—3pm Ancho, hora de tu sexta siesta del día— decía la doctora Moreno mientras arropaba al bueno de Ancho

—Pe pe pero... Qué se supone que deba hacer mientras duermo? Solo me causa malos sentimientos, despierto y me siento aún peor— Le respondió Ancho

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón, mejor tómate esta pastilla que te mantendrá muy despierto, ¡así nunca tendrás que soñar!—Dijo la doctora con un tono más amigable de lo normal

—Segura? Nunca me habían dado una pastilla así, y eso que me dan cientos de pastillas diariamente.... —Contestó Ancho; nunca se podía confiar completamente en una doctora, menos cuando lo único que quieren es verte

(Algo así como el estado y su propaganda política, ¿No creen?)

—Ciento por ciento mi amigo Ancho —exclamó la doctora Moreno mientras ponía la pastilla en los anchos labios de Ancho

La doctora le pasa un vaso con agua y Ancho pasó la supuesta pastilla que solucionaría su gran problema, pero al momento empezó a experimentar un sentimiento ya muy familiar

—Doctora... qué es est.....—Trataba de gesticular Ancho mientras veía como todos sus sentidos se iban apagando al mismo ritmo con el cual sus ojos se cerraban, la despiadada doctora había logrado engañarlo una vez más para que se tomara la pastilla para dormir.

Acababa Ancho de recibir su puesto como gobernador de la ínsula Barataria, y en un momento de preocupación por su buen amigo, el grandilocuente Don Quijote decide auxiliarlo con unos cuantos consejos para no fallar en su oficio.

»No comas morcillas ni chocozuela, porque no saquen por el olor tu villanería.

»Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.

»Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

»Sé templado en el beber, considerando que el aguardiente antioqueño demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

»Ten cuenta, Ancho, de no mascar a dos carrillos ni de erutar delante de nadie.

—Eso de erutar no entiendo —dijo Ancho.

Y don Quijote le dijo:

—Erutar, Ancho, quiere decir 'regoldar', y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy sinificativo; y, así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y a los regüeldos, erutaciones, y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor —dijo Ancho—, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer siempre que me como la bandeja paisa que prepara mi abuelita.



—Erutar, Ancho, que no regoldar —dijo don Quijote.
—Erutar diré de aquí adelante —respondió Ancho—, y a fee que no se me olvide.
—También, Ancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que, puesto que los refranes son sentencias breves (¿Más breves que las promesas en las campañas a la presidencia?), muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.
—Eso Dios lo puede remediar —respondió Ancho—, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena, juntos pero no revueltos, indio comido indio ido, todo lo prieto no es morcilla, un clavo saca a otro clavo, y quien destaja, no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

—¡Eso sí, Ancho! —dijo don Quijote—. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano! ¡Castígame mi madre, y yo trómpogelas! Estoyte diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Ancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche moche hace la plática desmayada y baja.

Después de esto Ancho y Don Quijote se abrazaron, a lo que Ancho no pudo contener las lágrimas, pues dejaba a su maestro, a su amigo, a su compañero, emprendiendo una nueva aventura, la gran gobernación de la gran Ínsula. No sabía cuando volvería a ver a su amigo, ni siquiera sabía si lo volvería a ver.
Pero, como si de leer la mente se tratase, Don Quijote supo exactamente qué decir en este momento:
—Ancho, siempre estaré contigo, tendría que estar loco, loco al punto de querer votar por el centro democrático, si me pasara por la cabeza abandonarte. Recuerda esto, estoy más cerca de lo que piensas, abre tus ojos y búscame.

—¡¡¡¡DON QUIJOTEEEE!!!! ¡¡¡¡¡DON QUIJOTEEEEE!!!! ¡¡¡¡YA VOY POR TI!!!!
— Gritaba el paciente Ancho, quién acababa de despertar de uno de sus sueños, y aparentemente no en su mejor actitud.
—DOCTORA MORENO, EL PACIENTE ANCHO ESTÁ TENIENDO UN EPISODIO, LLAME A LOS DOCTORES PARA CONTENERLO— Gritaba un asistente, quien no podía hacer sino presenciar la locura de aquel paciente
—Pero sí todos los doctores ahorita están almorzando, entre los dos no podemos!—Exclamó la doctora Moreno, inundada de miedo, pues en la escuela de medicina nunca le habían enseñado cómo lidiar con esto, y añadiendo su contextura delgada y propensa a las lesiones, no podía ni soñar con contener al paciente
—Que los doctores están en almuerzo? PERFECTO, ES MI MOMENTO DE IR A BUSCARTE GRAN MAESTRO, DON QUIJOTE, POR FAVOR ESPÉRAME!!!!— Rugió Ancho, quién había escuchado el momento de pánico entre la doctora y su asistente, quienes se veían indefensos y no hacían nada más que lamentarse, habían dejado a los más débiles cuidando al paciente más grande en la hora del almuerzo….

Acto siguiente Ancho tumbó la puerta de su celda/habitación, y salió corriendo por los largos pasillos del hospital, blancos como la paloma de la paz de Santos, brillantes y cegadoras, hechas para atormentar. Él enorme solo corría y corría, cruzaba a la izquierda, luego a la derecha, empujaba y hacía a un lado a uno que otro doctor, nada se podía interponer entre él y su anhelado encuentro con su gran maestro. De repente Ancho escucha un susurro de alguien que dice "Si se llega a encontrar con el paciente del 104 este hospital se viene abajo".
Ancho corre con más fuerza, y con un número en su cabeza, ese "104", esperanzado de poder reencontrarse con aquel maestro que tanto había soñado.

—Señor Don Quijote, levántese, me temo que debemos cambiarlo de celda — Dijo la enfermera mientras el respetable caballero se acababa de despertar, con las repercusiones usuales de sus sueños ya rutinarios.
—Hey hey, un momento, primero me quiere mantener aquí dormido y ahora quiere que me mueva? No señorita, yo de acá no me muevo!— Respondió Don Quijote, pues pese a que odiaba esos sueños y esa cama, no podía estar siempre recibiendo órdenes de la enfermera, y más cuando estas órdenes le causaban tanta confusión, algo de dignidad debía conservar.
—Por favor señor Don Quijote, esto es urgente, me temo que sí no nos movemos algo muy grave podría suceder…….

De repente se escuchó un portazo, se abre la puerta de golpe y Don Quijote no puede creerlo, después de tantas aventuras, cuando creía que en realidad estaba solo alucinando, cuando estaba empezando a dejar de creer, justo en ese momento, como un ángel, apareció.
.

